

sublimes? Ah! arriba el corazón; para mí el Paraíso! Hé aquí los bienes, que quiero; hé aquí la única gloria, á que aspiro! » Cumplió su palabra, consagrando su vida entera á la mayor gloria de Dios, y fué san Ignacio, el fundador de la Compañía de Jesús <sup>1</sup>.

Y por lo demás, amados cristianos, ¿no podemos juzgar por nosotros mismos, que las adversidades y aflicciones hacernos comprender mejor el precio de los bienes eternos? Mientras que todo nos sonríe acá en la tierra, no pensamos mucho en el cielo, ó si á veces nuestros pensamientos se enderezan hacia él, lo vemos solo como en lontananza oscura y nebulosa. Pero hé aquí que una grave enfermedad viene de parte de Dios á decirnos: Pon orden á tu casa, pues estás para morir <sup>1</sup>. Oh entonces, ¿no comprendemos mejor el precio de las cosas eternas? ¿Para qué este laudable apresuramiento en pedir un sacerdote? Para qué este vivo deseo de no morir antes de haber recibido los Sacramentos? Porqué estos tormentos é inquietud de toda una familia cuando el enfermo no puede recibir los socorros de la religión? ¿No es porque entonces sentimos mejor lo que vale el cielo? ¿No es porque la desgracia y aflicción nos muestran el precio y valor del mismo?

PERORACIÓN. Amados hermanos míos, no comprendemos bastante la utilidad de las adversidades y el fin amoroso, que se propone la divina Providencia, cuando élla permite que seamos visitados por las aflicciones. *Bienaventurados los que sufren*, dijo el divino Maestro, *bienaventurados los que lloran*. Él decía verdad; todos los santos lo han comprendido. Y una de las almas más tiernamente unidas á este divino Salvador, Santa Teresa, escribiendo un día á una de sus amigas, triste y desconsolada de ciertas desgracias, que habían herido á su familia, le decía: « ea ánimo, cara mía, las desgracias son las caricias del cielo, las alhajas, que Jesús da á las almas que ama <sup>3</sup>. » El arcángel Rafael decía igual-

1. *In vita ejus*, Cf. Bartoli. — 2. IV Reges xx. 1. — 3. Véase las cartas de santa Teresa.

mente al santo varón Tobías: *Porque eras agradable á Dios, te fué necesario ser probado por la tribulación* <sup>1</sup>. Oh, hermanos míos, no nos dejemos abatir nunca por las aflicciones, que no asome jamás la murmuración sobre nuestros labios; amor, confianza, abandono más completo en los brazos de nuestro amoroso Salvador, tales son los sentimientos que deben producir en nosotros las penas y contrariedades de esta vida. Oh adorable Jesús, ignoramos las desgracias y penas que nos teneis reservadas acá en la tierra, pero sean éllas las que fueren, aceptámoslas con resignación de vuestra mano bendita, sabemos de antemano que nos serán útiles, que contribuirán á desatar nuestros corazones de este mundo, haciéndoles suspirar más ardientemente por los goces del cielo, que durarán por toda una eternidad. Así sea.

## HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL QUINTO DOMINGO DESPUES DE PASCUA.

(JUAN XVI, 25-30.)

Es preciso orar apoyándose en el nombre de nuestro Señor Jesucristo.

TEXTO. — *Amen, amen, dico vobis, si quid Patrem petieritis in nomine meo, dabit vobis*. De cierto, de cierto, os digo que todo cuanto pediereis al Padre en mi nombre, os lo dará.

EXORDIO. Hermanos míos, el relato evangélico de este día es la continuación de los que os explicábamos en los dos domingos precedentes. Es igualmente sacado de este admirable sermón, que Nuestro Señor dirigía á sus Apóstoles pocas horas antes de su Pasión. Él iba pronto á dejarlos, dentro poco no le verían mas, y, como hemos dicho, á este pensamiento de la separación de su buen Maestro, la tristeza se había apoderado de sus almas. Con

1. Tobías XII, 13.



los tres años que habían vivido en su intimidad, llegaron á conocer toda la bondad, la ternura y el amor que su corazón encerraba. ¿ A quién se dirigirán en adelante en sus necesidades? ¿ A quién recurrirán? Dulce Jesús, ¿ vais, pues, á abandonarlos? No, hermanos míos, les indicará un medio infalible de obtener todas las gracias que les son necesarias! Hasta ahora, les dijo, estaba en medio de vosotros, os habeis dirigido á mí en todas vuestras necesidades, por eso nada habeis pedido á mi Padre en mi nombre; pero ahora es necesario que me vaya, y dentro poco no me veréis ya, **estribad** siempre en mí, aunque ausente; pues, en verdad, en verdad, os digo, que todo cuanto pidiereis á mi Padre en mi nombre, os lo dará. » Tal es, hermanos míos, el principal pensamiento del Evangelio del presente día, el cual habeis podido leer mientras lo cantábamos en el altar. La oración en nombre de Jesucristo, hé ahí el secreto divino escapado de los labios del Salvador, **el** medio infalible de obtenerlo todo de su Padre, una receta segura para ser oído siempre favorablemente.

PROPOSICIÓN. Mi intención, esta mañana, es hablaros de la oración hecha en nombre de nuestro divino Salvador. Pero, qué es orar en nombre de Jesucristo? Es apayarse sobre los méritos de este adorable Redentor, es dirigir nuestros ruegos hácia Dios con la firme confianza de que serán favorablemente oídos, no á causa del fervor y de los méritos de aquel que ora, sino á causa y por virtud de los méritos del Salvador...

DIVISION. Orar en nombre de Jesucristo es, como voy á demostraroslo, reconocer dos cosas: *Primero*: que de nosotros mismos, no merecemos ser oídos; *segundo*: que la eficacia, el valor de nuestros ruegos y también de nuestras buenas obras, se apoya únicamente en los méritos infinitos de nuestro divino Salvador...

*Primera parte. Primero.* Por poco, hermanos míos, que quisiéramos reflexionar sobre lo que somos, sobre la grandeza y santidad de Dios, veríamos claramente que por nosotros mismos no podemos nada, y que sin la intervención y mediación de nuestro augusto Redentor, nuestras oraciones serían estériles y rechazadas con justicia por el Dios Todopoderoso... ¿ Es necesario

recordaros lo que era el hombre en su origen, y relataros la justicia, la santidad, la inocencia, en que le había criado Dios y los otros dones, de que le había adornado?... ¡ Ah, hermanos míos, basta examinarnos á nosotros mismos y sondear nuestro corazón, para conocer cuales fueron las consecuencias del pecado de nuestro primer padre. Desórdenes, perturbaciones en el alma, aguijón de la concupiscencia, odio, orgullo y todas estas malas pasiones, que hormiguean en el corazón humano, como gusanos en un cádaver, ¿ no es esto la herencia funesta, que Adán transmitió á su posteridad?... ¡ Ah, en vano Dios busca su imagen en esta alma humana, que había criado á su semejanza! El pecado ha pasado sobre ella, y, como un incendio furioso, ha devorado todo cuanto hacía su belleza, no dejándola sino ruinas informes en las cuales no sabría Dios reconocer su obra, y de la que aparta su faz irritada! Hé ahí el hombre cual le ha hecho el pecado. ¿ Cómo, siendo él una criatura así degenerada, podría por sí mismo obtener las gracias, de que necesita y reconquistar el amor de su Dios? No, no, jamás!...

Un príncipe poderoso y generoso ama con ternura y predilección á un jóven soldado. Le trata con bondad, quiere hacer su fortuna, dándole una suma considerable. Hé aquí que este soldado, en vez de mostrarse agradecido y de conservar y aumentar esta suma con una prudente economía, la emplea enteramente en urdir un complot contra su bienhechor! Qué pensaríais de este ingrato, si se atreviese enseguida á presentarse haraposo delante de su príncipe, pidiéndole limosna? ¿ Comprendeis que el príncipe, justamente indignado, volviese la cabeza y rehusase concederle lo que le pide?... Pues, amados cristianos, tal es el estado del hombre.

Inocencia, justicia, inteligencia, ¿ de cuántos dones eminentes Dios no le había colmado?... Estos dones, qué se hicieron en nuestros primeros padres?... qué hemos hecho de ellos nosotros mismos? Donde los tenemos ahora? Acaso no los hemos vuelto contra nuestro bienhechor? ¿ No ha servido nuestra razón para excitar en nosotros el orgullo y la rebelión? Y violando, como lo



hemos hecho, los mandamientos de nuestro Maestro, no hemos dicho con nuestros actos, sino con nuestras palabras: « O Dios, bien puedes hacer, yo no te serviré: *Non serviam*... »<sup>1</sup> « Hay más, hemos asociado cuanto ha sido de nuestra parte las otras criaturas á nuestra rebelion. Éllas habían sido criadas para un uso legitimo, y hemos dicho á unas: serviréis para satisfacer mi gula, ó mi inclinacion á la borrachera. » Á otras: « Yo os profanaré para satisfacer mis pasiones » Y ahora, atrévete, á decir al Dios, que tantas veces has ultrajado: *Padre, escuchadme*. ¡ Ah, si tu eres sola, si Jesucristo no está allí para sostenerte, pobre alma, manchada y envilecida ¿, comprendes porqué el Criador vuelve su faz y rehusa escucharte ?

Amados hermanos míos, ¿ he recargado demasiado este cuadro? no es la pura verdad?. Si, de nuestra parte y por nosotros mismos no somos sino miseria, debilidad, corrupcion y por lo tanto indignos de ser oídos favorablemente. Y sin embargo, se encuentra á veces algunas almas orgullosas ó poco instruidas, que no apoyándose sino sobre sí mismas, querrian, en cierto modo, que Dios se bajase del cielo para hacerse propicio á sus deseos!... Pero, dicen algunos, yo no hago daño á nadie, llevo una conducta honesta, regular, exenta de desórden; me parece que cuando ruego, debería obtener lo que pido, y verdaderamente para conmigo Dios no es justo, me castiga mas de lo que merezco, se muestra sordo á todos mis ruegos! » ¡ Oh, quién, pues, amados hermanos míos, nos libraré del orgullo, de este orgullo arraigado en nuestros corazones, como un roble en la roca! ¿ No veis que vuestros ruegos, porque no se apoyan sobre Jesucristo, basándose únicamente en algunas virtudes humanas y falsas que pensais tener, no merecen ser oídos? En verdad, os digo, ninguno puede acercarse al Padre, si Jesucristo no le introduce; y toda oracion, que no es hecha en su nombre, que no se apoya sobre sus méritos, no es digna de ser oída favorablemente.

1. Jeremias, II, 20.

*Segunda parte.* Me falta, hermanos míos, demostraros cómo nuestras oraciones no tienen valor y eficacia sino por los méritos de nuestro divino Salvador. Si amados cristianos, consolémonos de nuestra impotencia, puesto que el Hijo de Dios, la segunda persona de la augusta Trinidad, ha querido él mismo remediarla. Pero, ¿ qué medio ha empleado? Esto se nos ha dicho muchas veces, y sin embargo, nunca es de sobra repetirlo... Escuchad aun otra vez las industrias de su amor. El vé la desdicha de los hombres, que están bajo el yugo de Satanás.

Dios no quiere ni escucharlos, ni oírlos; su santidad, su justicia se oponen á ésto. Es menester que haya una reparacion... Entonces conmovido de compasion hacia esta pobre naturaleza humana, o adorable Salvador mío, os presentais á vuestro Padre, diciéndole: « Padre santo, héme aquí: por su rebelion han los hombres contraido una enorme deuda para con vuestra justicia, vengo á pagarla, quiero ponerme en lugar suyo y responder por ellos!.. » Su oferta fué aceptada. Tomó pues la forma de esclavo, uniendo á sa naturaleza divina la humana con todas sus debilidades, excepto el pecado. Él vino á habitar entre los hombres y conversar con ellos<sup>2</sup>. Sobre la cruz quedó consumado el sacrificio comenzado en el pesebre! O Jesús, por medio de vuestra muerte habéis reconciliado el hombre con Dios y reanudado las relaciones, que el pecado había roto; habeis pagado nuestra deuda enteramente, y la reparacion fué mas grande que el ultraje... Por eso, adorable Salvador, habeis recibido como Hombre-Dios, un nombre que esta por encima de todo nombre, un nombre ante el cual todo debe doblar la rodilla, un nombre poderoso en el cielo, y al cual nada puede resistir<sup>3</sup>. ¡ Ah, desde entonces fué este sagrado nombre para los hombres una señal de salvacion y reunion alrededor del cual debieron congregarse todos los que querian marchar á la conquista del reino eterno. A este nombre se abrió el cielo, y ningun ruego pudo llegar al trono del Padre Eterno, sin ser apoyado sobre este nombre bendito.

1. Hebr., x, 6 y sig<sup>tes</sup>. — 2. Baruch, III, 38. — 3. Hechos, IV, 12 — Filip., II, 9, etc.



Amados hermanos míos, sí, los santos son muy poderosos! los ángeles gozan de gran valimiento! Vos, sobre todo, ó dulcísima Madre de Jesús, vos á quien llamanos con fruicion la puerta del cielo, el socorro de los cristianos, la consoladora de los afligidos, el refugio de los pecadores, vos, á quien damos tantos otros títulos, que una alma devota no puede pronunciar sin enternecerse, vos, nuestra vida, nuestra dulzura y esperanza, cuán poderosa auréola os rodea!... ¡Bien es verdad que siempre sois oída favorablemente! Pues bien, amados oyentes, es en Jesucristo y por Jesucristo solamente que los bienaventurados, los arcángeles y la augusta María tienen este gran poder y son oídos!...

Veo las almas trabajando por introducirse en el cielo, ó á lo ménos por hacer penetrar allí sus ruegos. — ¿Quién es vuestro abogado, les dicen, en quién os apoyais? — Yo, dice uno, me he encomendado á san Juan. Otro « á san Pedro; » Otro « á mi ángel de la guarda, » — Otro en fin « A la Virgen María. » — Muy bien; pero habéis conocido á Jesús? ¿Habéis rogado á aquellos, que os patrocinan para que intercediesen en favor vuestro cerca de Él, y os encomendasen á su nombre sagrado? Si no lo habeis hecho, saldrán estériles vuestros deseos, no podrán vuestros ruegos ser despachados, pues no existe ninguna gracia sobrenatural no hay que esperar salvacion fuera de este nombre poderoso. *Non est in alio aliquo salus* <sup>1</sup>.

Una comparación os hará comprender bien este pensamiento. Habeis oído decir muchas veces que hay dos clases de moneda, una buena, y otra sin valor. Pues bien, la oración, que no se apoyara sino sobre nuestros propios méritos, tal como esta, por ejemplo: « Dios mío, yo soy bueno, tengo tal ó cual virtud, merezco que me escuchéis », será semejante á una moneda falsa, y sin valor, la cual no pasaría ante Dios y no podría de ningún modo pagar sus gracias y beneficios. Por el contrario, la oración hecha en nombre de Jesucristo es como moneda de oro, marcada con la efigie real; tiene un valor maravilloso, Dios la recibe y

1. Cf. Hechos. iv, 12 y sigtes.

segun la palabra de Jesucristo, nos da en compensación todas las gracias, que le pedimos... *Amen, amen, dico vobis, si quid petieritis, etc.*

Esto por otra parte, amados cristianos, nos enseña la Iglesia de la más solemne manera. Ved cómo élla recurre á este poderoso abogado, como se apoya en sus méritos, como ora en él, con él y por él! ¿Acaso todas sus oraciones no se terminan por esta conclusión tan humilde como consoladora: *Per Dominum nostrum Jesum Christum*, por Jesucristo nuestro Señor?... Conclusión humilde, porque élla es un reconocimiento de nuestra impotencia, conclusión consoladora, porque nos muestra en quien reside nuestra fuerza... Si, hermanos míos, sean cuales fueren las gracias, que la Iglesia pide á Dios para sus hijos; favores espirituales ó beneficios temporales, que reclame para ellos la práctica de las virtudes ó la remisión de los pecados, la salud del alma ó la sanidad del cuerpo, todo lo solicita siempre en nombre de Jesucristo y por Jesucristo. *Per Christum Dominum nostrum*. Que élla recurra á la intercesión de los santos, á sus méritos ó á los de la santísima Virgen, siempre terminará sus súplicas con esta fórmula: *Per Christum Dominum nostrum*. « Por Jesucristo, nuestro Señor. » Tanto es verdad, amados cristianos, que no hay mérito real y dignidad en los santos, á cualquier grado de gloria que sean elevados sino por Jesucristo! Tanto es verdad, en fin, que por Él sólo nuestras oraciones pueden obtener su efecto!...

PERORACIÓN. Amados hermanos míos, encontramos en el Evangelio una oración muy breve, y sobre la cual, quiero, al terminar, llamar vuestra atención. Lázaro, el amigo de nuestro Salvador y el hermano de santa Marta y santa María Magdalena, estaba peligrosamente enfermo. Jesús era ausente. Las dos hermanas le despachan un mensajero con estas palabras solas: « Señor aquel que amas. *está enfermo* <sup>1</sup>. Oracion singular, pues, en efecto, cuando quiere uno obtener algun favor de un príncipe, ¿no se expresa acaso de esta manera? De ningún modo. « El que solicita tal

1. Cf. Hechos, iv, 12 y sigtes — Juan. xi, 3 y sigtes.



gracia, dice en su solicitud, os ha sido siempre afecto, os ha servido varios años con fidelidad, ha sido herido en tal ó cual batalla, defendiendo vuestra persona. Por otra parte, su padre fué uno de vuestros mejores servidores. » En una palabra, se enumeran los títulos todos, que parecen dar derecho al favor que se reclama. Pero aquí ; qué diferencia ! No se dice á nuestro divino Salvador : « Lázaro, que os ama tanto, y que os ha recibido en su casa de Betania, ese Lázaro, vuestro discípulo adicto, que por vos derramaría hasta la última gota de su sangre, está enfermo, venid á sanarle ; su familia, que os es afecta, tiene derecho á algun favor de parte vuestra. » No ; se emplean estas palabras solas : « *El que amas está enfermo.* » ; Cuán magnífica es esta súplica ! ; O Jesús, todo cuanto hemos hecho en favor vuestro es nada, únicamente vuestra bondad y el amor que teneis á nuestro hermano, pueden determinaros á sanarle. » ; Humilde demanda ! ; O Jesús ! la habeis oido favorablemente, resucitando al hermano de estas dos hermanas, que os habían tan humildemente rogado !... O divino Salvador, con este mismo espíritu de humildad y de fé queremos en adelante dirigiros nuestras plegarias ; O bondadoso Jesús ! Aquellos que amais están enfermos, aquellas almas, por cuya salvación habeis bajado sobre la tierra, aquellas almas que habeis querido hasta derramar vuestra sangre por ellas, no, no se apoyan en su propia virtud, ni en sus méritos para imploraros, sino en vuestro nombre bendito y en el amor que las teneis.

Haced, pues, que en adelante nuestras oraciones sean unidas con las vuestras y apoyadas en vuestro nombre sagrado, al cual vuestro padre no puede rehusar nada ; que le invoquemos siempre en nuestros ruegos y súplicas ; que en vos y por vos pidamos acá en la tierra todas las gracias, que necesitamos, á fin de que un día en vos y por vos, seamos coronados en el cielo. Amen.

## HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

PARA EL DOMINGO EN LA OCTAVA DE ASCENSION.

(JUAN, XV, 26-27 ; XVI, 4-5.)

## Influencia del Espíritu Santo sobre nuestra voluntad.

TEXTO. *Cum autem venerit Paraclitus... testimonium perhibebit de me* : Cuando viniere el Consolador... Él dará testimonio de mí.

EXORDIO. Hermanos míos, representémonos al padre mas tierno. Hélo aquí obligado á alejarse de sus hijos ; él prevé el dolor que les causará su ausencia ; sabe que tendrán mucho que sufrir por parte de algunos hombres injustos !... ; Qué hará ! Procurará consolarles de su separación, animándoles y fortificándoles sobre todo contra las adversidades y desdichas que van á sobrevenirles. « Yo me voy, hijos míos, les diré, pero luego recibiréis noticias de mí ; un mensajero, que será como yo mismo, vendrá de mi parte á iluminaros y dirigiros en medio de las dificultades, que os esperan... »

Esto es, hermanos míos, lo que hace nuestro divino Salvador en el Evangelio de este día. Este relato es aun una parte del discurso, que este buen Maestro dirigía á sus discípulos por la tarde del Jueves Santo durante las pocas horas, que separaron la institución de la Santa Eucaristía de su agonía en el huerto de los Olivas. « Acordaos, les habla dicho, que no es el discípulo mayor que su Maestro ; si á mi me han perseguido, tambien á vosotros perseguirán. Pero cuando el Consolador, el cual os enviaré de parte de mi Padre, el Espíritu de verdad, que procede del Padre, viniere, él os dará testimonio de mí ; y vosotros tambien me daréis testimonio, porque estaís conmigo desde el principio. Os he dicho estas cosas, á fin de que no os escandalizeis. Os echarán de las sinagogas, y viene la hora en que cualquiera que os mate, pensará, que hace servicio á Dios. Y estas cosas os harán,